

§ LXIV.— San Vicente de Paul ayudado por las mujeres en la reforma del clero.— La reina regente confiándole la direccion de los negocios eclesiásticos.— La santa tabernera *Maria de Gournay*, y su magnífico elogio por M. Olier, á quien debió su conversion.— La fundacion de la congregacion de San Sulpicio y de los seminarios en Francia fué igualmente obra de las mujeres.— Nota de M. Belsunce, que debió tambien á las mujeres la gloria de sus virtudes.

Mas la Providencia habia confiado á San Vicente de Paul otra mision mucho más importante para la salvacion de las almas y la gloria de la Iglesia, y en esta mision debió tambien el Santo al auxilio y al concurso de la mujer católica sus brillantes resultados. Todos conocen estas palabras de Flechier: «Á San Vicente de Paul debe el clero de Francia su esplendor y su gloria.» (*Lett.*, 3 de Oct. de 1705.) Nada es más cierto. El noble y maravilloso clero de Francia del siglo XVII, que, con raras excepciones, se mostró con tanto esplendor en el mundo católico, fué obra de San Vicente de Paul. Por él fueron nombrados los obispos de aquel tiempo, desde que él fué admitido en los consejos de la Corona, para las sillas que tanto ilustraron con su ciencia y con sus virtudes. Pero la admision en los consejos de la Corona de un personaje tan vigilante y tan ilustrado en todo lo concerniente á los intereses de la Iglesia, fué pensamiento de una mujer, la reina Ana de Austria, viuda de Luis XIII, madre de Luis XIV y regente del reino, que habiendo establecido un *Consejo de conciencia* para disponer, segun su parecer, de los beneficios eclesiásticos de nombramiento Real, quiso que Vicente de Paul fuese, no sólo uno de sus miembros, sino el presidente de ellos. Esta eleccion fué acogida con general aplauso, tanto por el clero como por los personajes de la corte. Habiendo consultado un dia el Principe de Condé á San Vicente sobre algunos puntos de derecho canónico, quedó tan satisfecho y tan admirado de las respuestas que le dió el santo sacerdote, que levantándose de su asiento fué en busca de la Reina y le dijo: «Señora, vengo á felicitaros por la eleccion que habeis hecho de un personaje tan capaz de ayudaros en lo que hace relacion á los bienes y á las materias eclesiásticas.» De modo que el inmenso bien que San Vicente de Paul hizo á la religion y á la Iglesia en esta elevada posicion recae sobre esta mujer.

Pero ademas de las *conferencias eclesiásticas* y de los *retiros* para el clero, cuyo inventor fué San Vicente, le debe mucho el clero de su país por los pequeños y grandes seminarios que él fundó y propagó, acompañado del venerable M. Olier, en Francia y en América. Apénas el Concilio de Trento convirtió en leyes para todas las diócesis la idea de San Cayetano sobre los seminarios, cuando San Carlos Borromeo, el bienaventurado Pablo de Arezzo, teatino, obispo de Plasencia y despues arzobispo de Nápoles, y otros obispos, los establecieron en toda Italia. Mas en Francia esta preciosa institucion habia encontrado dificultades insuperables. Es verdad que el cardenal de Lorena, que habia asistido al referido Concilio, habia fundado un seminario en Reims, y que los obispos Sacraty y Sansac habian hecho lo mismo en Carpentras y en Burdeos; pero ademas de que en los ochenta años que habian trascurrido desde que el Concilio habia dado la citada ley, no habian podido fundarse más que estos tres seminarios, estaban tan mal organizados y tan poco en armonía con la importancia y la grandeza de su objeto, que se consideraban más bien como ensayos que como verdaderas realizaciones del gran pensamiento del Concilio de Trento relativo á esta preciosa institucion. Existian en Francia ciertas escuelas de teología, que los clérigos frecuentaban segun la voluntad de cada uno, sin estar sujetos á ninguna regla, sin estar vigilados por nadie y sin ninguno de los auxilios que ofrece la vida comun. Un gran número de aquellos clérigos, y aún de sacerdotes, observaban unas costumbres poco eclesiásticas, y participaban, al parecer, de la vida del mundo, en medio del cual vivian. Así, pues, cada dia se conocia mas la necesidad de la fundacion de esos santos asilos en que el clero pudiese formarse segun el espíritu de su estado. Pero lo que es muy singular y aún extraño, es que en Francia las mujeres conocieron entónces esta necesidad mejor que los hombres, y que Olier y San Vicente de Paul consiguieron la difícil empresa de fundar los seminarios por las inspiraciones y por el auxilio de las mujeres.

Existia entónces en París una mujer, llamada *Maria de Gournay*, esposa de Jacobo Rosseau, tratante en vino, de la que Dios habia hecho una gran santa en la taberna misma, para mostrar que no hay condicion alguna, por baja é innoble que sea, que no le suministre santos y elegidos. Su gran estudio fué siempre el

de imitar la vida oscura y sencilla, en su exterior, de la Madre de Dios. Por temor de ocupar algun lugar en la estimacion de los hombres, evitaba todo lo que pudiese hacer que la tuviesen por persona piadosa, y en los veinte años que pasó en su taberna sirviendo al público, jamas dejó conoçor el prodigio de su union intima con Dios, de la sublimidad de su contemplacion, de la elevacion de su espíritu, de la pureza de su corazon, de su amor ardiente á la sagrada Eucaristía y de los favores celestiales de que Dios la habia colmado; es verdad que era más el bien espiritual que ella hacia á los que frecuentaban su casa, que el vino que vendia; porque convertía diariamente á muchos pecadores, los más endurecidos y los más obstinados. «Dios manifiesta visiblemente en ella su poder absoluto, dice el venerable M. Olier en sus *Memorias* (*Vie de monsieur Olier*, tomo 1); ella no tiene más que hablar, y con una palabra hace lo que dice, lo que quiere y lo que pide, y esto sin ostentacion, sin fausto y sin esas apariencias que persuaden y cautivan ordinariamente los corazones. Ella no quiere ni dice nada por sí misma; Dios es quien habla por ella y hace sus palabras tan eficaces. Así es que con una sola palabra ha hecho ella edificar hospitales. Finalmente, es necesario que todo el bien que se hace en el dia de hoy pase en cierto modo por sus manos; principalmente todas las grandes empresas que se llevan á efecto en la capital, como todos lo vemos.

»Aunque esta pobre mujer, prosigue M. Olier, sea de un nacimiento humilde y de una condicion que casi da vergüenza nombrar, ella es, sin embargo, el consejo y la luz de las personas de París más ilustres por su nacimiento, y de las almas más elevadas en gracia y en virtudes. Las princesas mismas le piden consejos y encomiendan á sus oraciones los negocios más importantes. La Duquesa de Orleans, la Princesa de Condé, la Duquesa de Aiguillon y Elbeuf, la mariscala de La-Chatre y otras muchas señoras se tienen por dichosas al verla. Yo no conozco á ninguna de las almas santas que no se crea feliz al oír de su boca el camino que debe seguir para dirigirse á Dios. No hay hombre apostólico ni misionero alguno que no vaya á instruirse con su conversacion, y no conozco á ninguno que no salga sumamente edificado al oirla. El P. Eude, ese gran predicador, la admiracion de nuestro siglo, ha ido á consultarla muchas veces. El P. Condren, general del orato-

rio, la ha consultado tambien por sí mismo. La señorita Manse, á quien Dios suscitó para ir á ayudar á la fundacion de la Iglesia de Canadá (ved aquí otra mujer ayudando á fundar otra cristiandad), no emprendió esta obra sino despues de haber recibido la aprobacion de esta santa mujer, ni la puso en ejecucion sino por sus consejos y sus luces. Ella es la que aconseja y dirige á M. Coudray, suscitado visiblemente por Dios para las misiones de Levante y para la defensa de la Iglesia contra los turcos; ella le advierte todo lo que debe hacer, y todo se ejecuta por sus consejos con un éxito maravilloso. Lo mismo le sucede á M. Jacobo, comparable á Elías por su celo. Él se complace en manifestarle sus designios, y los ejecuta con su aprobacion. Esta santa mujer es la única que tiene el poder de excitar ó de moderar sus palabras. Un consejero de Estado sigue en todo sus consejos por la causa de Dios, y con sus consejos ha proporcionado él muchos bienes á la Iglesia. Por persuasion de esta santa mujer, el canciller trabaja con tanto celo para extirpar las herejías, para sostener la Iglesia y para hacer triunfar la religion. Paso en silencio á muchos eclesiásticos de la condicion del P. Condren y del P. Eude, y á otras muchas personas de todos estados, de las más notables de París. Yo las conozco y las veo; pero su reputacion me impide nombrarlas.» Al arzobispo de París y á San Vicente de Paul parece que alude M. Olier, supuesto que continúa diciendo: «Cuando se ve á esos siervos de Dios y á esos hombres apostólicos, que Dios concede al presente á la Iglesia de Francia, ir á consultar á esa santa mujer y formarse como un deber de seguir sus consejos, parece que se ve á la Santísima Virgen, que gobernaba en otro tiempo la Iglesia y dirigia á todos los apóstoles despues de la ascension del Salvador.» Ved aquí, pues, á una *tabernera* renovando en el siglo XVII los magníficos ejemplos de celo por la religion, que las Paulas, las Marcelas, las Malanias, las Olimpiades y las Pulquerias dieron en el siglo V, y elevándose, como ellas, al rango de consejera de los pontífices y de los directores y padres de la Iglesia. Esto consiste en que el espíritu de Dios no envejece jamas, y en que la mujer católica, que está llena de él, sea cualquiera la condicion en que se encuentre, es siempre grande y capaz de grandes cosas.

Pero la mision especial de la humilde tabernera del barrio de San German fué la de cooperar á la grande obra del establecimien-

to de los seminarios en Francia. Lo que esta santa mujer pedía continuamente á Dios era la reforma del clero, especialmente en el barrio de San German, donde vivía. Pero M. Olier, que tanto debía contribuir á esta reforma, tenía más necesidad que todos de reformarse á sí mismo. Siendo hijo del intendente de la ciudad de Lyon, se había ordenado de tonsura para gozar del priorato de Clisson y de la abadía de Pebrac, que sus parientes le había proporcionado; pero no vestía los hábitos, y su vida era muy ligera y disipada. Todo en él anunciaba un hombre que quiere gozar del mundo á costa de la Iglesia, y no un eclesiástico que quiere servir á la Iglesia. Un día que él volvía de una feria con algunos eclesiásticos amigos suyos y compañeros de su ligereza, una pobre mujer les salió al encuentro en la calle y les dijo: «Ay señores, ¡cuánta lástima me causais! Ya hay mucho tiempo que pido á Dios por vuestra conversión, y espero que algún día me oirá.» Esta era la tabernera María, á quien M. Olier no conocía aún, pero sintió muy pronto el efecto de sus oraciones. Habiendo ido en peregrinación á Loreto para obtener por intercesión de la Santísima Virgen la vista, que había perdido casi del todo, en el momento en que entró en la Iglesia un energúmeno le dijo: «Abad Francisco, si no te conviertes y vives como eclesiástico, espera acontecimientos muy extraños.» Aterrado y confundido por esta amenaza, entró en la santa capilla, donde encontró la curación de sus ojos, y más aún, la de su corazón, porque se sintió enteramente transformado, y desde aquel momento se convirtió en otro hombre. Él se puso bajo la dirección de San Vicente de Paul, que le hizo recibir las órdenes sagradas. Él se unió á Adrian, llamado el nuevo San Juan Bautista, por su libertad en reprender á los grandes y á los pequeños, y que, animado igualmente de un gran celo por la reforma del clero, acababa de establecer en algunos puntos sociedades de eclesiásticos, que procuraban formarse para la santidad de su estado, y se puso á hacer misiones por los pueblos.

«Mas el fruto de las misiones, le decía el célebre P. Condren, el santo compañero del venerable cardenal Berule en la fundación del oratorio; el fruto de las misiones, por excelente que sea, se pierde si no se conserva por buenos eclesiásticos, porque es una cosa pasajera. Es, pues, absolutamente necesario trabajar para formarlos en la Iglesia, educando á los jóvenes en el espíritu clerical,

y esto no puede hacerse sino en los seminarios, como lo dijo el concilio de Trento.»

Estos consejos, dados por un personaje tan santo, le habían conmovido; pero la madre Ines de Jesus, á quien el papa Pío VII declaró *venerable*, fué quien le fijó en su vocación especial de la obra de los seminarios en Francia, para cuyo establecimiento había consagrado esta sierva de Dios los tres últimos años de su vida á la oración, á las lágrimas y á toda especie de austeridades. «Pero la persona que más contribuyó á este establecimiento fué indudablemente, dice Rohrbacher, la santa tabernera María Gournay.» (T. xxv, pág. 265.) Dios probó al abad Olier de la manera más fuerte, hasta el punto de privarle del uso de sus dones naturales y sobrenaturales, de modo que se le veía permanecer mudo cuando quería exhortar al pueblo. Sus mismos amigos se avergonzaron de él y le abandonaron. Sólo María de Gournay permaneció siempre en su favor. Él mismo nos dice: «Cuando, durante mis penas, era yo abandonado y despreciado de todo el mundo; cuando todos me miraban como un hombre que había perdido el juicio y como un réprobo, sólo ella sostenía que yo no era lo que pensaban. Ella creía que yo pertenecía á Dios. Cuando Dios me restituyó sus antiguos dones, no descansó ella hasta desengañar con respecto á mí á los antiguos compañeros de mis misiones. Esta alma santa trabajó con sus oraciones, con sus vigiliias, con sus mortificaciones y con una multitud de cuidados y de penas para reunirnos en Vaugirad, siendo nosotros unos pobres errantes, unos pobres ciegos, unas pobres ovejas sin pastor; é ilustrada acerca de los designios de Dios respecto á nosotros, nos declaró su santa voluntad en los caminos que la Providencia nos ofrecía.» (*Vie de M. Olier*, tom. I.) En la reforma de su parroquia y en todos sus trabajos apostólicos, además de la tabernera de Gournay, fué auxiliado también M. Olier por otra santa mujer llamada *la pobre jardinera de San Sulpicio*. Esta era una alma sencilla, pero que gozaba también de la comunicación más íntima con Dios, que se complace en comunicarse á las personas sencillas. Puede juzgarse de esto por la paráfrasis que hizo de la oración dominical, que se encuentra en muchos libros de piedad. De este modo se formó ese foco de ciencias del espíritu sacerdotal, la *congregación de San Sulpicio*, y se estableció el gran seminario de este mismo nombre, que se hizo despues el seminario

de la diócesis de París y el modelo de los seminarios que el mismo M. Oliver y San Vicente de Paul consiguieron establecer en toda la Francia y en el Nuevo Mundo; de modo que la grande y preciosa obra de los seminarios, despues de muchas contradicciones, persecuciones y dificultades de todo género, se llevó á efecto en Francia por las oraciones, las inspiraciones, la fortaleza y la cooperación de las santas mujeres (1).

§ LXV.—La córte de Luis XIV.—La piedad enmascarada reinaba en ella al lado del mayor libertinaje.—La revolucion francesa nació de allí.—Las hijas de Saint-Cyr.—Mma. de Maintenon; su sabiduría y su caridad.—Su abnegacion.—La mayor felicidad de Luis fué el haberla hecho su esposa.—Ella, fué quien, dirigida por Fenelon, le enseñó sus deberes y le apartó de sus desórdenes.—Empresa de la declaracion de 1862.—Mma. de Maintenon fué quien impidió que degenerase en un cisma completo.

Ahora debemos hacer justicia á otra mujer sublime, que, á pesar de no haber sido una santa, ejerció, sin embargo, una influencia muy poderosa y muy feliz en los negocios del Estado y de la Iglesia en el tiempo de Luis XIV. Este grande y magnífico Rey tuvo, sin embargo, muchas flaquezas, y muchas veces se esforzó en aparecer como un pobre hombre y como un pobre cristiano, sin poder conseguirlo.

(1) El admirable obispo y apóstol de Marsella, el San Carlos Borromeo de la Francia católica, y una de sus mayores glorias, Belsunce, debe tambien en gran parte á las mujeres su tierna piedad, su celo por la religion y el heroísmo de caridad que le hicieron tan grande y tan popular. Ved aquí lo que encontramos, á este propósito, en un hermoso artículo, en que el honorable M. Thiengou acaba de publicar el elogio de Belsunce, por el abate M. Poncheron, en la *Gaceta de Francia*, de 30 de Agosto de 1854: «Ya he tenido ocasion de decir más de una vez que lo que somos nosotros lo debemos á lo que fueron nuestras madres y al cuidado que tuvieron de nosotros. La infancia de Enrique de Belsunce fué marcada, en este particular, por uno de esos acontecimientos que jamas se olvidan. Á los nueve años de su edad, su madre, la Marquesa de Belsunce, y su abuela materna, la Condesa de Caumont-Laforce, abjuraron el protestantismo. Desde este momento, la Marquesa, modelo perfecto de todas las virtudes cristianas, puso todo su cuidado en inculcarlas en el alma de su hijo. Una circunstancia, que pareció una desgracia, contribuyó á hacerle más fácil esta empresa. El jóven Enrique manifestó en su niñez una salud muy delicada; esto obligó á la Marquesa á retenerlo por más tiempo en su casa, y él pudo aprovecharse por todo este tiempo de la piadosa

No contento con tantas mujeres como tenía, con las que vivia en relaciones doblemente culpables, y de las que tuvo diez y nueve hijos bastardos, perseguia á otras muchas con una desenvoltura nunca vista en época alguna en la córte de Francia. Él se introducía de noche en la habitacion de las damas de honor de la Reina su esposa y de la Reina su madre, que estaban bajo la custodia de la Duquesa de Novailles. Esta virtuosa señora pidió consejo á su esposo acerca de este desórden. «Ellos pusieron la virtud y el honor de una parte, dice el Duque de Saint-Simon, y la cólera del Rey, la desgracia, el despojo y el destierro de la otra, y no vacilaron.» La Duquesa, sin ruido ni publicidad, hizo tabicar la puerta por donde se introducía el Rey en el aposento de las jóvenes. Luis XIV no perdonó á la Duquesa ni á su esposo. En el momento les exigió el Rey que hiciesen dimision de todos sus cargos, y los arrojó de palacio, en el que, á la verdad, unas personas de tan elevada virtud no estaban en su lugar en medio de tanta corrupcion. Molière, para adular al Rey, los persiguió tambien en el teatro, y los puso en ridículo en su *Tartufe*. Él hizo caer sobre todos los devotos los escándalos del Rey, que dos devotos quisieron impedir. El mismo poeta, en su *Amphitryon*, lo mismo que Quinault en sus poemas, no hizo otra cosa que divinizar los adulterios del Rey con el ejemplo del Júpiter de la fábula, y recibió pensiones por tales

enseñanza de su madre, á cuyo cuidado estaba especialmente confiado. El recuerdo de esta educacion maternal se encuentra en cada página de la vida del obispo, que ella marcó siempre con el sello de una mansedumbre sin límites..... He insistido en los primeros años de la vida de M. Belsunce, porque, ademas de que son ménos conocidos que los de su episcopado, manifiestan admirablemente, á mi modo de ver, la influencia que pueden tener los primeros años de la vida sobre toda ella. Un acontecimiento que se refiere á la época de su salida del convento de los jesuitas, y que ocupa un gran lugar en su vida entera, debe mencionarse tambien. La casa de Belsunce contaba entre sus parientes á la señorita Susana de Foix de Cándalo, Princesa de Tête-de-Buche, que era, no sólo una gran señora, sino una persona de mucho mérito y de mucha virtud. Cuando el abate Belsunce volvió á la casa paterna contrajo con ella una estrecha amistad. Madama de Foix tenia entónces cerca de ochenta años, pero su espíritu nada habia perdido de su vivacidad..... Esta relacion con una persona de una virtud tan eminente y de un mérito igual á su virtud contribuyó mucho á la perfeccion del futuro obispo. Él mismo parece que se convenció de ello, supuesto que la primera obra que salió de su pluma fué la historia de la vida de esta su venerada tia.» De esto resulta que M. de Belsunce fué un grande y santo hombre por el auxilio de las mujeres.